

Vladímir Voinóvich

Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin

Prólogo de Horacio Vázquez-Rial

Traducción de Antonio Samons García

Libros del Asteroide 

Primera edició, 2006

Títol original: ЖИЗНЬ И НЕОБЫЧАЙНЫЕ
ПРЯКЛУЧЕНИЯ СОЛДАТА ИВАНА ЧОНКИНА / *The life and
extraordinary adventures of Private Ivan Chonkin*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo las
sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio o
procedimiento, incluidos la reprografía y el
tratamiento informático, y la distribución de
ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© 1969 by Possev Verlag, V. Gorachek KG, Frankfurt am Main

© 1975 by YMCA-Press, Paris

© de la traducción, Antonio Samons García.

Traducción del ruso cedida por Noguer y Caralt Editores, S.A.

© de la revisión de la traducción: Libros del Asteroide S.L.

© del prólogo, Horacio Vázquez-Rial, 2006

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L

Publicado por Libros del Asteroide S.L.

Santa Magdalena Sofía, 4 bajos 2ª

08034 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 84-934315-8-3

Depósito legal: B 12.752-2006

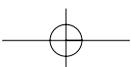
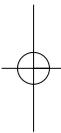
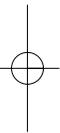
Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado,
neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido
compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10.

Prólogo



La tragedia cómica de Vladímir Voinóvich

La literatura rusa, ineludiblemente costumbrista y ferozmente crítica, ha oscilado siempre entre dos extremos: la tragedia y la sátira. Tolstói y Dostoyevski son la realización de la primera: *Ana Karenina* y *Los hermanos Karamazov* son tragedias perfectas. Gogol, que los precedió, fue el precursor de la gran corriente satírica que llega hasta nuestros días y que encarna felizmente Vladímir Voinóvich (1932). Al menos dos de las mayores novelas escritas por autores rusos en la época soviética, *El maestro y Margarita* de Bulgákov y *Julio Jurenito y sus discípulos* de Ehrenburg, se inscriben en esa tendencia; la tercera, *Vida y destino* de Vassili Grossman, es una acabada tragedia tolstoiana, sólo comparable a *Guerra y paz*.

En la literatura más popular, el factor cómico fue predominante desde el teatro del siglo XVIII hasta las célebres narraciones de Iliá Ilf (Iliá Arnoldóvich Fainzilberg, 1903-1942) y Yevgueni Petrov (Yevgueni Petróvich Katáev): *Las doce sillas* y *El becerro de oro*, leídas durante décadas dentro y fuera de la URSS. Petrov, que era hermano de Valentín Katáev, murió en un accidente de aviación. Valentín, que no era ajeno al humor, como se demuestra en su libro *La cuadratura del círculo*, vivió hasta 1986 y fue una figura intelectual oficial, cuya obra *Desfalco*, de 1926, fue publicada en español en fecha tan temprana como 1929 por la editorial Cénit de Madrid, fundada por Rafael Giménez Siles y Juan Andrade, y ligada al

X PRÓLOGO

Partido Comunista de España, con un curioso catálogo en el que aparecían la primera edición de Marx preparada por Wenceslao Roces (el *Manifiesto comunista*) y las novelas de John Dos Passos anteriores a la guerra.

«Por razones perfectamente comprensibles, la tendencia satírica (en el sentido amplio del término) fue siempre la más viva, la más honesta y sincera, en la literatura rusa», apunta Trotski en 1902, conmemorando los cincuenta años de la muerte de Gogol. «No es en las reflexiones versificadas de Lomonosov, ni en la noble gallardía de las odas de Derzhavin, ni en la enterredora sentimentalidad de las novelas cortas de Karamzín, sino en la sátira de Kantemir, en las comedias de Fomvizin, en las fábulas y sátiras de Krilov, en la gran comedia de Griboyédiv, donde es posible percibir el pensamiento social vivo, encarnado en formas más o menos artísticas.» Y cita a continuación al gran crítico Belinski, que habla de la «comedia satírica que comienza con necedades y acaba en lágrimas, y a la cual, finalmente, se llama vida». ¿Y quién ha dicho que epopeyas y tragedias no muevan a risa tan a menudo como las comedias? ¿Y quién ha dicho que sátiras y comedias no narren epopeyas y tragedias?

Las razones comprensibles a las que alude Trotski se resumen en una: el miedo. Bajo los zares o bajo los bolcheviques, y probablemente hoy, en la democracia formal de Vladímir Putin, el miedo ha sido parte esencial de la existencia rusa, como el vodka o el té: «El sistema ruso llegó a su fin, pero los rusos permanecieron», diría Voinóvich después de la caída de la URSS, con cierto pesimismo. Tolstói y Dostoyevski son las únicas figuras que consiguieron elevarse por encima del temor omnipresente. El primero, por su triple condición de terrateniente, cristiano y nacionalista; el segundo, por su doble condición de paneslavista —forma exacerbada del delirio nacionalista— y de antisemita. La elección literaria del relato trágico costó a los demás enormes penas, hasta más allá de la muerte: Grossman no ocupa aún el lugar que merece por su novela, una de las mayores del siglo XX en cualquier lengua, y tal

vez no llegue a ocuparlo nunca, a la vista de los estudios que las burocracias universitarias producen en la actualidad, siendo *Vida y destino* un libro sobre los núcleos de fricción de la historia rusa: la condición judía, el totalitarismo tendencial o real de todos los regímenes conocidos en el país y, sobre todo, el miedo como *way of life*. Al final de una obra así esperan el ostracismo, el exilio, Siberia o un piolet en el occipital.

Vladímir Voinóvich, más prudente que otros colegas, optó por la sátira. A esa línea corresponde *Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin*, que comienza con necedades y acaba en lágrimas, como corresponde a la definición de Belinski. Pero de poco le sirvió a Voinóvich la prudencia, porque las circunstancias, unidas a su innegable coraje, le pusieron finalmente en el punto de mira del poder. No por su propia obra, sino por la de su amigo Grossman.

En el curso de la segunda guerra mundial, a la que Stalin denominó para consumo interno Gran Guerra Patria, Grossman había sido corresponsal del periódico oficial del ejército, *Estrella Roja*, en el frente de Stalingrado y había seguido a las tropas hasta su entrada en Berlín, convirtiéndose así en el primer cronista de los *lager* nazis, cosa que a Stalin, decidido a reciclarlos en la medida de lo posible para sus propios fines, no le había hecho ninguna gracia. Pero Stalin murió en 1955 y Krushev, en el XX Congreso del PCUS, reunido en 1956, emprendió lo que en aquella época se llamó, con exagerado optimismo, «el deshielo», proceso que daría título a una novela de Iliá Ehrenburg, íntimo amigo de Grossman, con quien elaboraría el *Libro Negro*, un muy completo informe sobre la persecución de los judíos por el nazismo en los territorios provisionalmente ocupados por Alemania. En ese clima, ese espejismo que pronto se revelaría tal, y que se cerraría con la caída de Krushev y el restablecimiento del poder omnímodo de los servicios secretos, prolongado hasta el ascenso de Gorbachov, empezó Grossman a escribir *Vida y destino*. Lo terminó en 1960, hizo acopio de coraje e ingenuidad, a partes iguales, y lo envió a un editorial oficial, la única posibilidad que tenía. *Novi Mir* la mutiló y dio a cono-

XII PRÓLOGO

cer unos fragmentos adaptados. Los esbirros no tardaron en presentarse en su casa y secuestrar el original completo. Pero Grossman había tomado una precaución: había hecho una copia y se la había entregado a su amigo Semión Lipkin.

Grossman dio su batalla, escribiendo una carta a las autoridades, a la que respondió nada menos que Mijaíl Súslov, la eminencia gris del breznevismo, el hombre que había derrocado a Kruschev y que más tarde impulsaría las invasiones de Checoslovaquia y Afganistán. Súslov consideraba que la novela no se podría publicar antes de que pasaran dos siglos: era mejor crítico literario que profeta político, porque concedía a la obra la supervivencia de un clásico pero se excedía en cuanto a la del régimen. Naturalmente, Grossman se deprimió y el cáncer le encontró con la guardia baja: murió en 1964, convencido de que su libro nunca se editaría.

Entre tanto, Lipkin había conseguido la colaboración de Andréi Sajárov, quien microfilmó el original y le entregó las películas a Voinóvich, que tardaría años en sacarlas del país. Apuestas arriesgadas varias: conservar el texto con la misma responsabilidad y el mismo amor que si fuese propio, luchar por difundirlo, llevarlo al extranjero. Gente con principios, generosa y valiente: Lipkin, Sajárov y nuestro Voinóvich.

Repasemos su biografía. Nacido en Tayikistán en 1932, se estableció en Moscú tras cumplir con el servicio militar y comenzó a trabajar en periodismo, en la radio. Pero hablaba demasiado, criticaba sin recatarse. Intentó hacer estudios formales en el Instituto Literario Gorki, pero lo echaron. Hizo poco más de un curso en el Instituto Pedagógico, pero no era lo suyo. Se dedicó a la literatura.

Su primera novela, cuyo título traduzco del francés, *Aquí donde vivimos*, apareció en *Novi Mir* en 1961. Es un relato de koljosianos que sólo por escenario se podría incluir en la «literatura de producción», en el realismo socialista, tan grato al Partido. Pero no promovía los valores al uso, sino que se ocupaba de conflictos, de corrupciones, cosas nada épicas. En todo caso, no es una obra destacable en términos estéticos. Des-

pués vino un relato, *Quiero ser honesto*, un alegato a favor de la ética individual en el mundo del colectivismo y la burocracia. La pervivencia del estalinismo y sus taras, que serán los grandes motivos de toda la obra posterior de Voinóvich, están ya presentes aquí.

En 1969 culminó su obra mayor, la *Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin*, que no aparecería en Rusia hasta después de la perestroika. No es del caso exponer aquí el argumento, pero sí corresponde presentar el carácter general del relato, un auténtico tratado sobre la pobreza de espíritu, en el peor sentido de la expresión, no en el del idiota dos-toyevskiano. Chonkin —que «se distinguía por su pequeña estatura, sus piernas zambas y el lastimoso aspecto de su guerrera estrujada por el cinto y de su gorra de verano, de la que salían unas orejas grandes y rojas»— es un simple, aunque no más que buena parte de los personajes que le rodean. La novela se abre con la sorpresiva caída de un avión en un campo. Tras una discusión al respecto, en la que se ponen en evidencia el miedo y la mezquindad de los miembros del Partido, las dificultades para introducir cambios y para aceptar lo accidental en un régimen en el que todo está (mal) planificado y que, por tanto, no tiene espacio para la improvisación, se decide que, hasta que se reciba de alguna instancia remota un nuevo motor para el aparato, alguien tendrá que vigilarlo. La decisión misma es absurda porque nadie puede llevárselo, nadie puede destruirlo y nadie puede levantar el vuelo con él.

Al piloto no le preocupa quién se haga cargo de la vigilancia, «aunque sea un inútil». Necesita a alguien «que duerma junto al aparato, que sepa dar razón en un momento dado». Pero el hombre del Partido no puede proporcionárselo porque todos los soldados de la comandancia «están de servicio desde hace dos semanas y no hay personal para los relevos»: «Hay siete hombres en la enfermería, veintidós trabajando en el aprovisionamiento de leña y uno de permiso.»

Pero de pronto se acuerda de Chonkin, y ahí se inicia la peripecia de éste, una peripecia necesariamente cómica, que ata-

XIV PRÓLOGO

ca al centro del sistema: la represión, el control mutuo y, tan ubicua como el miedo, la ineficiente burocracia. La caricatura de la burocracia —que suele caricaturizarse a sí misma para disgusto de sus representantes— es el gran instrumento de Voinóvich, el motor de la risa y el intolerable espejo ante el cual sitúa al régimen. También es el factor profético en el relato, en la medida en que la caída de la URSS fue consecuencia de la brutalidad, la corrupción y la ignorancia de la *nomenklatura* pero, sobre todo, lo fue de su atroz ineficiencia; en la cual, tal vez huelgue decirlo, se origina igualmente la patética pobreza posterior, una pobreza casi zarista, y la prosperidad de las mafias del narcotráfico, el petróleo, el comercio de niños, el gas, la prostitución, el tráfico de armas y todo lo demás.

No diré más sobre Chonkin. Sí sobre Voinóvich. Sobre su batalla personal, que no ha cesado.

En 1972 apareció *Grado de confianza*, una novela en la que se cuenta la vida de Vera Figner, precursora del revolucionarismo y el feminismo radical del siglo XX, miembro fundador del grupo terrorista *Naródnaya Volia*, Voluntad Popular, que en 1881 había participado en el atentado que le costó la vida al zar Alejandro II. También había sido *naródniky* Aleksander Uliánov, el hermano de Lenin, ejecutado por formar parte del complot para asesinar al siguiente zar, Alejandro III, en 1887. Voinóvich es despiadado en su tratamiento de las relaciones humanas condicionadas por la pasión política. La voz narradora en el libro es la del marido de la Figner, un jurista que la ama con locura, se casa con ella y abandona su carrera para acompañarla a Zúrich, el único lugar de Europa en que una mujer podía ir a la universidad. Allí, ella se vincula con un grupo de revolucionarias y feministas, y él la pierde. La Vera Figner de Voinóvich se parece muy poco a la Clara Zetkin de *Las campanas de Basilea* de Louis Aragon: no es una heroína épica, sino un personaje de destino trágico. Esta obra contribuye a una tarea aún no emprendida: la de componer la historia de las mujeres que contribuyeron a las revoluciones del siglo XX, tanto las comunistas como las fascistas, desde una

concepción no política sino de género. Había que tener mucho coraje para hacer eso en 1972 y en la URSS, y hay que seguir teniéndolo hoy en cualquier parte del mundo. Pero si algo se puede afirmar acerca de Vladímir Voinóvich es que es un hombre valiente.

Ese hombre valiente fue el que a partir de su expulsión de la Unión de Escritores Soviéticos en 1974, tras la publicación en el extranjero de *Amistades epistolares* (1972), se puso a escribir cartas a las altas instancias del régimen: las *Cartas abiertas* contra la política cultural del Partido. Su posición no dejaba lugar a dudas: «Ni el secretariado [de la Unión de Escritores Soviéticos] en su conjunto, ni ninguno de sus miembros, pueden ser para mí autoridades, ni desde el punto de vista literario ni, con mayor razón, desde el punto de vista moral».

En 1976 empezó a circular en *zamisdat* la *Ivankiada*, novela publicada en español por Emecé con el título *Mudanza en Moscú*, en la que se satiriza a una especie nueva de funcionario comunista: el «bonzo», así bautizado por el autor, que no es ya el viejo estalinista condecorado que hace valer sus servicios, sino un burócrata que jamás ha luchado por nada, ni siquiera equivocándose, pero que se considera acreedor a todos los privilegios — como la vivienda — por simple pertenencia al Partido.

Finalmente, como era de esperar, Voinóvich fue detenido. Pero el sistema estaba al borde del colapso: a las autoridades soviéticas les parecía preferible dejar marchar a algunos intelectuales a resistir la presión internacional. Brodsky había salido de Rusia en 1972, y Soltzhenitsyn, expulsado de la Unión de Escritores Soviéticos en 1969, privado de la ciudadanía soviética y deportado a Alemania oriental en 1974 por la publicación de *El Archipiélago Gulag*, había conseguido trasladarse a los Estados Unidos en 1975. El estado de las cosas era tal que el exilio seguía siendo considerado una bendición, pero era más probable ser condenado a él que en los tiempos del viejo Víktor Krávchenko, allá por 1946. Voinóvich logró que lo expulsaran de la URSS en 1980 y se estableció cerca de Zúrich, en los mis-

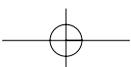
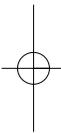
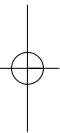
XVI PRÓLOGO

mos territorios en los que se había operado la conversión de Vera Figner un siglo atrás, como para cerrar el círculo de un fracaso que habría que tomar en consideración.

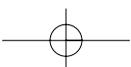
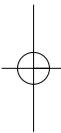
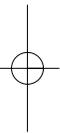
Voinóvich es, en términos literarios, la antítesis de Solzhenitsyn: la espesa y oscura bruma que envuelve constantemente la escritura de este último, la misma bruma eslava que envuelve la de Pasternak, por poner sólo un ejemplo, únicamente aparece en las desventuras de Chonkin como una amenaza remota, una posibilidad que, en gran medida, es aportada por el lector, necesariamente informado sobre el contexto y alerta ante peligros que el propio protagonista no percibe.

HORACIO VÁZQUEZ-RIAL

Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin



PRIMERA PARTE



1

En verdad es imposible saber hasta qué punto es fidedigna la historia aquí detallada, cuyas ramificaciones han subsistido casi hasta nuestros días, porque el suceso que la desencadenó se produjo en la aldea de Krásnoie hace tanto tiempo que no queda ya casi ninguno de los testigos de entonces, y los que quedan lo relatan cada uno a su manera o bien ni siquiera lo recuerdan. Claro que, en realidad, el suceso tampoco parecía merecedor de retenerlo en la memoria desde entonces. Por lo que a mí se refiere, lo que hice fue reunir cuanto había llegado a mis oídos sobre el asunto y añadir algún detalle de mi cosecha; hasta podría ocurrir que el volumen de lo añadido superase al de lo recabado. Como quiera que sea, la historia en cuestión me pareció tan amena que decidí exponerla por escrito. Y si el lector la encuentra exenta de interés, tediosa o, simple y llanamente, estúpida, no tiene más que dejarla de lado y considerar que no he relatado nada.

La cosa sucedió, como quien dice, al principio mismo de la guerra; no diré que corrieran ni los últimos días de mayo ni los primeros de junio del año 1941, sino que, por fijar alguna, la época podía ser ésa.

Era un día como otro cualquiera y, según es propio de esa época del año, hacía calor. Todos los habitantes del koljós se encontraban ocupados en las tareas del campo, excepto Niura Beliashova; ésta prestaba sus servicios en la estafeta de

6 VLADÍMIR VOINÓVICH

correos, de modo que no tenía vinculación directa con el koljós, y aquel día, como disfrutaba de su descanso semanal, estaba recalzando las patatas de su huerto.

Era tanto el calor que, tras haber hecho tres pasadas de uno a otro extremo del huerto, Niura se encontraba muerta de cansancio. El vestido se le había empapado en la espalda y bajo los sobacos y, al secarse, se había tornado en esas zonas blancuzco y coriáceo a causa de la sal. El sudor le bajaba hasta los ojos. Niura se detuvo para recogerse los mechones que le asomaban por debajo de la pañoleta y echar una ojeada al sol. Poco faltaría ya para la hora de comer.

Pero el sol no llegó a verlo. Un gran pájaro de acero, de pico retorcido, que no sólo eclipsaba el astro, sino el mismo cielo, se abatió directamente hacia Niura.

—¡Ay! —exclamó Niura, aterrada. Y cubriéndose el rostro con las manos, se dejó caer desvanecida en un surco.

Borka, el jabalí que hozaba no lejos del porche, se hizo a un lado con un trotecillo, pero al ver que la cosa no iba con él, regresó al lugar que antes ocupaba.

Transcurrido cierto tiempo, Niura volvió en sí. Sentía el calor del sol en la espalda, y el aire olía a tierra seca y a estiércol. De algún lugar vecino llegaban el piar de los gorriones y el cloquear de las gallinas. La vida seguía su curso. Niura abrió los ojos y vio ante sí los terrones del huerto.

«¿Qué hago aquí tumbada?», se preguntó, perpleja.

En aquel momento recordó el pájaro de acero.

Niura era una muchacha de cierta cultura que, en ocasiones, leía los *Apuntes de un Agitador*, salidos regularmente de la pluma del *partorg* Kilin. Y los *Apuntes* manifestaban de manera inequívoca que la superstición, en todas sus formas, es un legado que se remonta a una época oscura, y que es preciso erradicarla sin la menor vacilación. En opinión de Niura, era un razonamiento muy sensato. Al volver la cabeza hacia la derecha, vio el porche de su casa y al jabalí Borka, que seguía hozando como si nada hubiera sucedido. En aquello no había nada de sobrenatural. Borka no dejaba de hozar nunca, si

encontraba un lugar adecuado. Y si el lugar era inadecuado, seguía hozando a pesar de todo. Niura volvió un poco más la cabeza, y divisó el cielo, puro y azul, y el amarillo sol de brillo cegador.

Haciendo un alarde de osadía, miró a la izquierda, y de nuevo se dejó caer boca abajo. El terrorífico pájaro existía en realidad. Estaba plantado a corta distancia del huerto de Niura, y mantenía abiertas sus alas verdes.

«¡Fuera de mi vista!», le ordenó Niura mentalmente.

Sentía deseos de persignarse, pero, echada como estaba boca abajo, habría resultado incómodo. En cuanto a incorporarse, le faltaba el valor necesario.

Se sintió sacudida por una corriente eléctrica.

«¡Pero si eso debe de ser un avión!»

En realidad, así era. Lo que Niura había tomado por un pájaro metálico era un avión ordinario del tipo U-2; y el pico retorcido que creyó ver, su hélice agarrotada e inmóvil.

Después de haber esquivado por los pelos el tejado de la casa de Niura, el avión se desplomó en el suelo, rodó cierta distancia por la hierba y fue a detenerse junto a Fiedka Reshiétov; poco había faltado para que lo abatiese con el ala derecha. Fiedka, un robusto mozo pelirrojo, hocicudo y alto como una pértega al que todos conocían por el mote de *el Hombros*, estaba segando en aquel lugar.

Al ver al Hombros, el piloto se desabrochó el cinturón, se asomó a la ventanilla de la carlinga y gritó:

— ¡Eh, campesino! ¿Qué aldea es ésta?

Sin dar la menor muestra de sorpresa o de temor, el Hombros se aproximó al avión y se puso a explicar con sumo gusto que el pueblo se llamaba Krásnoie, aunque antes su nombre había sido Griáznoie,¹ si bien como koljós comprendía también las aldeas del Kliúkvino y Novo-Kliúkvino, pero que estos dos últimos lugares se encontraban al otro lado del río, mientras que Staro-Kliúkvino, a pesar de encontrarse en la misma ori-

1. *Krásnoie* significa «bonito», y *griáznoie*, «sucio». (N. del T.)

8 VLADÍMIR VOINÓVICH

lla, pertenecía a otro koljós. El koljós local se denominaba *Espiga Roja*, y el otro había sido bautizado con el nombre de *Voroshílov*, en honor del ilustre personaje. En los dos últimos años, el Voroshílov había cambiado tres veces de presidente: el primero había ido a parar a la cárcel por robo; el segundo, por corrupción de menores, y el tercero, que había sido enviado allí como agente moralizador, moralizó un poco al principio, pero luego, como había empezado a beber, continuó con su afición sin detenerse hasta haberse bebido su hacienda personal y la caja del koljós. Por último, en su frenesí alcohólico y víctima de un ataque de *delirium tremens*, se colgó en su gabinete, dejando una nota que sólo contenía una palabra: «Ej», seguida de tres signos de exclamación. En cuanto a lo que pudiera significar eso, nadie lo sabía. Por lo que al presidente actual se refería, aunque también empinaba el codo sin ningún recato, no se habían perdido del todo las esperanzas.

El Hombros habría querido facilitar al aviador otra serie de datos relativos a las poblaciones del contorno, pero en aquel momento empezó a acudir corriendo la gente.

Los primeros en llegar, como se puede imaginar, fueron los pilluelos. Tras ellos llegaron, afanadas, las mujeres, algunas con niños, otras embarazadas, y muchas de ellas a un tiempo embarazadas y con niños. Hasta se podía ver alguna con un rapaz aferrado a los bajos del vestido, otro cogido de la mano, un tercero acunado en el brazo opuesto y un cuarto en el vientre, haciendo tiempo. Dicho sea de paso, en Krásnoie (bueno, ¿en Krásnoie nada más?) las mujeres parían muchos hijos y de muy buena gana, y siempre estaban embarazadas o de cuarentena, o bien de cuarentena pero embarazadas ya otra vez.

Tras las mujeres llegaron renqueando los viejos, mientras que el resto de los habitantes del koljós, interrumpidas sus tareas en los lejanos campos, acudían corriendo, provistos de hoces, rastrillos y azadas, lo cual confería al espectáculo innegables concomitancias con el cuadro que, titulado *La rebelión de los campesinos*, estaba colgado en el club del distrito.

Niura, que se encontraba todavía tendida en el huerto de su

casa, abrió de nuevo los ojos y se incorporó a medias, apoyándose en los codos.

«¡Señor! —se dijo, desasosegada por el pensamiento que acababa de asaltarla—; yo aquí, tumbada, mientras la gente lleva ya rato mirando.»

Y afianzándose en las piernas todavía inestables a causa del susto, se deslizó ágilmente por entre las cañas del plantío hasta la valla, y se precipitó hacia el tropel de gente, paulatinamente más y más nutrido.

Abriéndose paso a codazos entre las mujeres, que ocupaban la parte de atrás, rogó con voz lastimera:

—¡Ay, paisanas, dejadme pasar!

Y las lugareñas, comprendiendo por el tono que Niura tenía la perentoria necesidad de adelantarse, se hicieron a un lado.

Venía luego la barrera de hombres, que Niura apartó igualmente a codazos al tiempo que decía:

—¡Ay, paisanos, dejadme pasar!

Hasta que, situada por fin en primera fila, ante sus ojos y a cortísima distancia aparecieron el avión, con su franja pintada que rodeaba todo el fuselaje, y el piloto, que vestía un chaquetón de cuero castaño. El aviador contemplaba con expresión distraída el tropel, mientras hacía girar en un dedo un gorro raído con unas gafas protectoras en la visera.

Junto a Niura estaba plantado el Hombros, quien, después de mirarla de arriba abajo, soltó una risita y dijo en tono cariñoso:

—¡Vaya con Niurka! ¡Si está viva! ¡Y yo que creía que ya no eras de este mundo! Porque he sido el primero en ver el avión. Estaba ahí, segando en el cerro, cuando he levantado los ojos y lo he visto pasar volando, lo que se dice rozando tu porche, Niurka, derecho, vamos, hacia la chimenea. «¡Vaya, a ésa la afeita!», me he dicho.

—Mientes como un bellaco —dijo Nikolái Kúrzov, que estaba de pie a la derecha del Hombros.

El Hombros, reaccionando vivamente a la inectiva, midió también a Nikolái con la mirada (cosa sencilla, teniendo en

10 VLADÍMIR VOINÓVICH

cuenta que le sacaba una cabeza) y, tras una breve reflexión, observó:

—Los perros ladran, y yo hablo. Y tú cierra el pico, ¿entendido? Y no lo despegues sin que yo no te haya dado permiso, no sea que te parta los morros.

Dicho aquello, dirigió una rápida mirada a los congregados, hizo un guiño al piloto y, satisfecho de la impresión causada, continuó su discurso.

—El avión, Niurka, ha pasado a un *vershok*² de tu chimenea, como máximo. Y si llega a rozarla, puedes estar segura que mañana estaríamos lavando tu cadáver. Yo no habría ido al lavatorio, pero Kolka Kúrzov, sí. El cuerpo de las mujeres despierta su curiosidad. El año pasado lo tuvieron detenido tres días en la comisaría de Dolgov por colarse en un baño de mujeres y quedarse escondido donde se desnudan.

Todos se rieron, aunque sabían que el Hombros se había inventado la anécdota para la ocasión.

—Ay, Hombros, Hombros, ¿cuándo has visto tú que el avión fuese a chocar con la chimenea? ¿O es que te has asustado? ¿Eh?

El Hombros contrajo toda la cara en un gesto de desprecio, y habría escupido, pero no había dónde hacerlo, a causa de la mucha gente congregada.

Así que se tragó el salivazo y dijo:

—¿Y de qué iba a asustarme yo? Ni el avión es mío ni es mía la casa. Si fuese mía, tal vez me hubiera asustado.

Entre tanto, un niño que se había colado hasta allí entre las piernas de los adultos, golpeó con un palo el ala del aparato, con tal maña que hizo que retumbase como un tambor.

—Pero ¿qué haces? —tronó el aviador en dirección al pilluelo.

El muchacho, asustado, fue a esconderse de un salto entre la masa de espectadores, pero transcurrido un instante, volvió a aparecer, aunque desprovisto del palo.

El Hombros, a quien no había pasado por alto aquella sono-

2. Medida arcaica de longitud, equivalente a unos 5 cm. (N. del T.)

ridad del ala, sacudió repetidamente la cabeza y preguntó al aviador con velada malignidad:

—¿Está forrado de piel de cerdo?

—De percal —contestó el aviador.

—Y eso ¿qué es?

—Pues eso... —explicó el aviador—. Un tejido.

—¡Qué cosas se oyen! —se admiró el Hombros—. Y yo que pensaba que era todo de acero...

—Si fuera de acero —volvió a adelantarse Kúrzov—, el motor no lo podría levantar.

—No es el motor lo que lo levanta, sino la fuerza del despegue —dijo Gládishov, el almacenero, conocido por su erudición.

Pero estas palabras de Gládishov, cuya cultura estimaban todos, fueron acogidas con cierto escepticismo.

Las comadres no prestaban atención a estas discusiones; ellas habían encontrado su propio tema de conversación: el aviador y su indumentaria, cuyos méritos enjuiciaban en voz alta, mirando al hombre de hito en hito, sin cohibirse por su presencia, como si de un objeto inanimado se tratase.

—El chaquetón, paisanas, es de pura piel de becerro —afirmaba Taika Goroshkova—. ¡Y encima con pliegues! Bien se ve que éstos con la piel no escatiman...

Ninka Kúrzova se mostró en desacuerdo:

—Eso no es becerro, sino cabritilla.

—¡Ay, me saca de quicio! —exclamó Taika, indignada—. ¿Desde cuándo es eso cabritilla? La cabritilla forma granitos.

—Pues granitos forma ésta.

—Pero ¿dónde están aquí los granitos?

—Toca y lo verás —dijo Ninka.

Taika examinó con aire indeciso al piloto y contestó:

—Yo, por mí, ya tocaría; pero seguro que tiene cosquillas.

El aviador estaba confundido y, al no saber qué actitud adoptar ante la situación, se sonrojó.

De este atolladero lo sacó Gólubiev, el presidente del koljós, que había llegado al lugar del suceso en un carro.

Los acontecimientos que se narran habían tomado a Gólu-

12 VLADÍMIR VOINÓVICH

biev por sorpresa cuando, en compañía de Vólkov, el tenedor de libros manco, realizaba una inspección en casa de la campesina Dunia, sospechosa de destilación clandestina de bebidas alcohólicas. El resultado de la inspección estaba a la vista: el presidente saltó del carro con especial cautela y tanteó repetidamente con la punta del zapato la abrazadera de hierro que, suspendida mediante un alambre, hacía las veces de estribo.

En los últimos tiempos, el presidente bebía de forma tan copiosa y tan a menudo, que nada tenía que envidiar al que se había ahorcado en Staro-Kliúkvino. Unos pensaban que bebía porque era un borracho; otros, que por razones familiares. Porque la familia del presidente era numerosa: la esposa, siempre aquejada del riñón, más seis hijos, constantemente sucios y enzarzados en peleas, que no paraban de comer.

Todo esto no habría sido tan terrible si, para colmo de males, no anduviesen los asuntos del koljós como andaban. Lo cual no quiere decir que fueran muy mal, ya que incluso se podría decir que iban bien, sino que empeoraban de un año a otro.

Al principio, cuando las ganancias de cada isba iban a parar a un fondo común, las cosas presentaban un cariz imponente. Administrar, en tales condiciones, era agradable. Pero luego, alguien se lo pensó mejor y se puso a tirar en la dirección contraria, por mucho que no se lo consintieran. El presidente se sintió como una mujer a la que hubieran sentado sobre un montón de cachivaches, para que los vigilara, rodeada por todos lados de gente que pretendía llevársele algo. Mientras ella asía a un fulano por la manga, otro, aprovechando el momento, le quitaba alguno de los objetos sobre los que estaba sentada. Y cuando intentaba habérselas con este último, el pájaro ya había volado. ¿Qué hacer en semejante situación?

El presidente había sufrido lo indecible a causa de tal estado de cosas, sin darse cuenta de que él no era el único culpable. Así, se pasaba el tiempo presagiando inspecciones y auditorías en las que iba a verse obligado a rendir cumplida cuenta de todo. Sin embargo, hasta aquel momento siempre había salido airoso del trance. Los inspectores, intendentes e ins-

tractores que en ocasiones enviaban desde el distrito bebían vodka y comían con el presidente manteca y huevos; después de firmar los documentos de comparecencia exigidos por la superioridad, partían otra vez en paz y armonía. Al final, el presidente había llegado a perderles toda aprensión, pero, hombre de sagacidad innata, se daba cuenta de que tal situación no podía prolongarse indefinidamente, y de que sobre él se cernía la amenaza de una de esas inspecciones superiores de Máxima Responsabilidad, en la que se diría la última palabra.

Por esta razón, y al tener noticia de que en las afueras del pueblo, cerca de la casa de Niura Beliashova, había tomado tierra un avión, Gólubiev no experimentó la menor sorpresa. Comprendiendo que había llegado la hora de rendir cuentas, se disponía a hacer frente a las cosas con hombría y dignidad. Después de haber dado orden al tenedor de libros Vólkov de que reuniese a la junta de gobierno y, apurado ya el té con que esperaba camuflar en alguna medida los efluvios del alcohol, se instaló en el carro y partió hacia el lugar en que se había detenido el avión, al encuentro de su destino.

Al verlo aparecer, la masa de espectadores se dividió, formando una especie de pasillo humano entre el aviador y él. El presidente se internó en este pasadizo con andar más bien solemne y, todavía a considerable distancia del piloto, le tendió la mano.

—Gólubiev, Iván Timoféievich, presidente del koljós —dijo a modo de presentación, pronunciando con claridad las palabras y cuidando, por lo que pudiera ser, de desviar el aliento.

—Teniente Melieshko —se presentó el aviador.

Al presidente le causó algún desconcierto el hecho de que el representante de la Inspección superior fuese tan joven y de grado tan modesto, pero, disimulando su impresión, dijo:

—Es un placer. ¿En qué puedo servirlo?

—Pues, a decir verdad, ni yo mismo lo sé —repuso el aviador—. Me ha fallado el sistema del aceite y tengo el motor clavado, de manera que he tenido que recurrir a medidas excepcionales.